

Visibilizar lo invisibilizado: los ‘parias de la salud’ en *El olvido que seremos* de Héctor Abad Faciolince

Emanuele LEONARDI
Università degli Studi di Milano

Resumen

Quien quiera aproximarse a *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince con vistas a realizar un estudio crítico de su contenido, no solo tendrá que dar cuenta de un ‘memorial sin agravios’, también deberá concentrarse en la figura de un médico, un ‘poliatra’ que, en un determinado contexto, intenta transformar su juramento hipocrático en un juramento exclusivamente ético. La literatura testimonial puede constituir un mecanismo de emergencia capaz de lograr instaurarse como ‘discurso otro’. Faciolince muestra cómo en la actual sociedad colombiana los más pobres son víctimas de un sistema sanitario que no les asegura las condiciones higiénico-sanitarias mínimas para la supervivencia, por lo que a ellos los podemos considerar verdaderos ‘parias de la salud’. Y también muestra de qué manera los que luchan por sus derechos, incluso desde la literatura, terminan siendo considerados peligrosos subversivos del orden social.

Palabras clave: parias de la salud, Héctor Abad Faciolince, *El olvido que seremos*, testimonio, condiciones higiénico-sanitarias.

Abstract

Whoever wants to approach *El olvido que seremos* (2006) by Héctor Abad Faciolince with the idea of carrying out a critical study of its content, will have not only to give an account of a ‘memoir without grievances’, but also to concentrate on the figure of a doctor, a ‘poliatra’ who, in a certain context, tries to transform his Hippocratic oath into an exclusively ethical oath. Testimonial literature can constitute an emergency mechanism capable of establishing itself as ‘another discourse’. Faciolince tells us how in the current Colombian society the poorest are victims of a health system that does not assure them the minimum hygienic-sanitary conditions for survival, which is why we can consider ensure true ‘pariahs of health’. Also, it shows how those who fight for their rights, even from literature, end up being considered dangerous subversives of the social order.

Keywords: parias of health, Héctor Abad Faciolince, *El olvido que seremos*, testimony, health conditions.

Escribir sobre nuestra época, “mojar la pluma en las tinieblas del presente”¹ (Agamben, 2006: 22), significa adentrarse en la alumbrante oscuridad de puntos a infinita densidad de pensamiento, en el vórtice de una tempestad. Habrá que aventurarse en los intersticios entre distintas temporalidades para percibir el desfase de lo *intempestivo*, la profunda relación que existe entre el presente y las luces que desde el pasado llegan en ayuda de los que se atreven a descifrarlo.

A la indagación sobre lo contemporáneo hay que añadir esa capacidad de transformarlo y ponerlo en relación con otros tiempos que sugiere Agamben: “es como si esa invisible luz que es la oscuridad del presente proyectara su sombra sobre el pasado y éste, tocado por este haz de sombra, adquiriera la capacidad de responder a las tinieblas del presente.” (Agamben, 2006: 26).

Desde una escritura que sabe “neutralizar las luces que provienen de la época para descubrir sus tinieblas, su oscuridad especial” (Agamben, 2006: 26), toma su fuerza vital *El olvido que seremos* (2006) de Héctor Abad Faciolince, que además de narrar la compleja realidad de los años '80 y '90 en Colombia, y especialmente en Medellín, ofrece al lector una poderosa lupa sobre el presente colombiano y paradigmáticamente sobre toda América Latina.

El estudioso que se acerque críticamente a *El olvido que seremos* creará deber analizar una novela testimonial en forma de autobiografía y que el centro propulsor de su escritura se encuentre en la narrativización postraumática del asesinato del padre, Hector Abad Gómez. Sin embargo, a una mirada más atenta, después de haber explorado la pluralidad de voces que estructuran la novela, el contexto político y social colombiano desde los años '80 y '90 hasta lo actual, luego de tratar de sondear las razones profundas del homicidio del padre, y haber leído su *Fundamentos éticos de la salud pública* (1987), se dará cuenta de que su campo de indagación tendrá que cambiar. El investigador no solo deberá trabajar sobre un ‘memorial sin agravios’ (según la definición del mismo Faciolince) que ofrece interesantes puntos de análisis sobre los temas vinculados al discurso autobiográfico y la representación de la ausencia, a las dinámicas entre recuerdo y narración, a la metáfora del pasado y al espacio-tiempo del olvido, a la relación entre identidad colectiva y memoria; sino que tendrá que concentrar su atención, si se comprometerá intelectualmente con su investigación –y a través de su trabajo crítico, querrá perpetuar esa cadena de transmisión que es el principio fundamental del testimonio–, en la obra ensayística de Héctor Abad Gómez, para lograr percibir la extraordinaria figura de un *poliatra* (como se define el mismo autor), de un médico que, en un determinado contexto, transforma su juramento hipocrático en un juramento principalmente ético, y que por eso termina siendo considerado un peligroso subversivo del orden social:

De ahí entonces que no sea extraño que un “memorial sin agravios” como el testimonio autobiográfico firmado por Héctor Abad Faciolince sobre su socrático padre, el médico y militante de los derechos humanos, Héctor Abad Gómez, sea capaz de evocar la ferocidad vandálica de los primeros tiempos cristianos en los cuales confesar la fe era sinónimo de dar testimonio para el

¹ La traducción es nuestra.

martirio. (Castañón, 2008: 114)

El olvido que seremos entonces permite múltiples atravesamientos, y las luchas que Héctor Abad Gómez llevaba adelante no hay que relegarlas al contexto histórico, político y social en el que vivió, ya que siguen representando heridas siempre abiertas. El valor del testimonio, en la novela de Faciolince, no se limita entonces a renovar la atención del presente sobre la oscuridad de un pasado trágicamente irresuelto, sino que representa también una memoria traumática compartida, que tiene que ser codificada denunciando criticidades siempre vivas y tratando de enfrentarlas con la sabiduría de las luchas del pasado.

En *Fundamentos éticos de la salud pública* (Abad Gómez, 2012), Héctor Abad Gómez trata con grande profundidad la concepción misma de la figura del médico, desde el punto de vista filosófico, político y científico. Y para hacerlo acuña la definición de 'poliatría':

La salud pública, entendida como tradicionalmente se ha hecho, como la disciplina que previene y trata las enfermedades colectivas (biológicas o traumáticas fundamentalmente), se amplía aquí hacia otra disciplina más social, más comprensiva, que yo he llamado 'poliatría' (de *polis* = ciudad-estado e *iatria* = estudio, tratamiento, curación) que implicaría una profesión totalmente nueva, no solo multidisciplinaria sino transdisciplinaria, que trataría de armonizar las demás disciplinas o profesiones que hasta ahora han surgido en el transcurso de la historia de la cultura humana: medicina, salud pública, epidemiología, antropología, sociología, psicología social, economía, política, por medio de algo similar a lo que tuvo que hacer la música hace un poco más de un siglo, cuando la variedad, la cantidad de instrumentos y la complejidad de las partituras, crearon la orquesta sinfónica y la necesidad de un director que entendiera a toda la orquesta como su instrumento. (Abad Gómez, 2012: XXVI)

Se trata de una verdadera revolución en relación a la praxis de la medicina en Colombia en esos años, que implica innumerables consecuencias.

Para mi papá el médico tenía que investigar, entender las relaciones entre la situación económica y la salud, dejar de ser un brujo para convertirse en un activista social y en un científico. En su tesis de grado denunciaba a los médicos-magos: "Para ellos, el médico ha de seguir siendo el pontífice máximo, encumbrado y poderoso, que reparte como un don divino familiares consejos y consuelos, que practica la caridad con los menesterosos con una vaga sensación de sacerdote bajado del cielo, que sabe decir frases a la hora irreparable de la muerte y sabe disimular con términos griegos su impotencia". (Faciolince, 2006: 72)

Gracias a las batallas de su padre relacionadas a su concepción de la salud pública y de la figura del médico, Faciolince, en *El olvido que seremos*, logra visibilizar a una multitud de personas privadas de su derecho primario a la salud,

Mi papá nos llevaba con el doctor Saunders a las barriadas más miserables de Medellín. Al llegar reunían a los líderes del barrio, y mi papá le servía de traductor para las propuestas de trabajo comunitario que se les hacían para mejorar sus condiciones de vida. Se juntaban en una esquina, o en la casa cural si el párroco estaba de acuerdo (no a todos les gustaba este trabajo social), y les hablaba y les preguntaba muchas cosas, problemas y necesidades básicas que mi papá iba anotando en una libreta. Debían organizarse, ante todo, para conseguir por lo menos agua potable, pues los

niños se morían de diarrea y desnutrición. Yo debía de tener cinco o seis años y mi papá me medía con los niños de mi edad, o incluso con los mayores, para demostrarles a los líderes del barrio que algunos de sus hijos estaban flacos, muy bajitos, desnutridos, y así no iban a poder estudiar bien. No los humillaba; los incitaba a reaccionar. (Faciolince, 2006: 62)

Se trata de una verdadera categoría de marginados, de últimos, no solo por su pobreza, sino también en relación a sus condiciones higiénico-sanitarias, que no dependen solo de su situación social, ya que están vinculadas a estructuras nacionales o regionales.

El cuerpo está también directamente inmerso en un campo político; las relaciones de poder operan sobre él una presa inmediata; lo cercan, lo marcan, lo doman, lo someten a suplicio, lo fuerzan a unos trabajos, lo obligan a unas ceremonias, exigen de él unos signos. Este cerco político del cuerpo va unido, de acuerdo con unas relaciones complejas y recíprocas, a la utilización económica del cuerpo; el cuerpo, en una buena parte, está imbuido de relaciones de poder y de dominación, como fuerza de producción; pero en cambio, su constitución como fuerza de trabajo sólo es posible si se halla prendido. El cuerpo sólo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido. Pero este sometimiento no se obtiene por los únicos instrumentos ya sean de la violencia, ya de la ideología; puede muy bien ser directo, físico, emplear la fuerza contra la fuerza, obrar sobre elementos materiales, y a pesar de todo esto no ser violento; puede ser calculado, organizado, técnicamente reflexivo, puede ser sutil, sin hacer uso ni de las armas ni del terror, y sin embargo permanecer dentro del orden físico. (Foucault, 2002: 26)

Fundamentos éticos de la salud pública y la concepción del médico que ese texto custodia constituye, en relación a los conceptos mencionados por Foucault, un contra-discurso, un discurso antagónico, potencialmente peligroso y subversivo.

A pesar de la coherencia de sus resultados, no suele ser sino una instrumentación multiforme. Además, no es posible localizarla ni en un tipo definido de institución, ni en un aparato estatal. Estos recurren a ella; utilizan, valorizan e imponen algunos de sus procedimientos. Pero ella misma en sus mecanismos y sus efectos se sitúa a un nivel muy distinto. Se trata de cierto modo de una *microfísica del poder* que los aparatos y las instituciones ponen en juego, pero cuyo campo de validez se sitúa en cierto modo entre esos grandes funcionamientos y los propios cuerpos con su materialidad y sus fuerzas. (Foucault, 2002: 26, énfasis mío)

Foucault escribe que una microfísica tal no concibe el poder como una propiedad sino como una estrategia que se ejerce a través de “unas disposiciones, unas maniobras, unas tácticas, unas técnicas, unos funcionamientos” (Foucault, 2002: 26); nos permitimos añadir a ese listado: omisiones, falta de derechos, degradación social, o sea todas esas condiciones generales que favorecen un estado de emergencia que se perpetua y genera un extraordinario coto de caza para todo tipo de organizaciones criminales: una categoría de personas cuya condición es la de exiliados en patria, de total inexistencia: simples números para esas instituciones que deberían garantizarles determinados derechos.

A veces íbamos más lejos, a algunos pueblos, y con nosotros iba también, en ocasiones, el decano de Arquitectura de la Universidad Pontificia, el doctor Antonio Mesa Jaramillo, que se encargaba de enseñar a hacer con buena técnica los tanques de agua y a llevar tuberías hasta las casas, porque

el agua potable era lo primero. [...] Más adelante seguían las campañas de vacunación y las clases de higiene y primeros auxilios en el hogar, según un programa que se inventó mi papá con las mujeres más inteligentes y receptivas de cada sitio, y que luego se llevaría a cabo en toda Colombia con el nombre de 'Promotoras rurales de salud'. En ocasiones nos recogía un bus de la universidad e íbamos con todos los estudiantes de su curso, porque a él le gustaba que ayudaran y aprendieran al mismo tiempo: "La medicina no se aprende solamente en los hospitales y en los laboratorios, viendo pacientes y estudiando células, sino también en la calle, en los barrios, dándonos cuenta de por qué y de qué se enferman las personas", les decía, muy serio, desde la primera fila del bus, empuñando un micrófono. (Faciolince, 2006: 65)

Si en la obra de Hanna Arendt (1989: 24) el término 'paria' designa al hombre al que sistemáticamente se le niegan las condiciones necesarias a la vida política, social y privada, no nos parece metodológicamente incorrecto proceder en dirección de una definición aún más específica denominando 'parias de la salud' a esas minorías que, por clase social e indigencia, sufren la privación de su derecho fundamental a las condiciones higiénico-sanitarias de base.

Cuando iba a las veredas y hablaba con los campesinos para que hicieran obras por acción comunal, les hablaba demasiado de derechos y muy poco de deberes, decían sus críticos de la ciudad. ¿Cuándo se había visto que los pobres reclamaran en voz alta? Un político muy importante, Cipriano Restrepo Jaramillo, había dicho en el Club Unión —el más exclusivo de Medellín— que Abad Gómez era el marxista mejor estructurado de la ciudad, y un peligroso izquierdista al que había que cortarle las alas para que no volara. Mi papá se había formado en una escuela pragmática norteamericana (en la Universidad de Minnesota), no había leído nunca a Marx y confundía a Hegel con Engels. Por saber bien de qué lo estaban acusando, resolvió leerlos, y no todo le pareció izquierdista: en parte, y poco a poco a lo largo de su vida, se convirtió en algo parecido al luchador izquierdista que lo acusaban de ser. (Faciolince, 2006: 76)

Él que lucha para las condiciones mínimas de sobrevivencia de los invisibles y para sus derechos, padece un lento e inexorable proceso de desaparición, un camino de alejamiento forzado, de marginación de las instituciones de las que forma parte, un exilio en patria, que implica la aniquilación de su rol de comunicador público y de intelectual, hasta volverlo inofensivo, y en casos extremos, pero no tan infrecuentes, hasta su asesinato.

Durante mi infancia y primera juventud, en los años sesenta y setenta, mi papá estuvo enfrentado muchas veces con las directivas de la universidad por motivos ideológicos. [...] Llegaba un momento en que todo fracasaba y mi papá tenía que marcharse para largos viajes, viajes incomprensibles para mí, y con consecuencias muy dolorosas, que yo no entendía, y que sólo pude dilucidar bien al cabo de los años. [...] En esos decenios tuvo que soportar, una y otra vez, la persecución de los conservadores, que lo consideraban un izquierdista nocivo para los alumnos, peligroso para la sociedad y demasiado librepensador en materia religiosa. Y después, desde finales de los setenta, tuvo que aguantar también el macartismo, las burlas despiadadas y las críticas incansables de los izquierdistas que reemplazaron a los conservadores en ciertos mandos del claustro, quienes lo veían como un burgués tibio e incorregible porque no estaba de acuerdo con la lucha armada. (Faciolince, 2006: 158-159)

Héctor Abad Gómez se transforma, en la novela autobiográfica de Faciolince, en un personaje emblemático y paradigmático: el médico que, por ser ante todo intelectual

y científico, va más allá de sus específicos deberes de curador de síntomas y se propone investigar sobre los orígenes de los problemas, y por eso está obligado a entrar en cuestiones políticas y sociales.

Pero la especificidad del personaje reside también en la reacción a sus posiciones de parte del contexto político, académico y social; precisamente por sus esfuerzos para el bien público, él se vuelve primero molesto, después sospechoso, y finalmente ‘enemigo público’. Se trata de un porceso que se cumple lentamente, y se pone en marcha cuando la actividad intelectual y de comunicador público empieza a obstaculizar los proyectos económicos de una compleja y multiforme élite.

Si él que presenta una propuesta, genera dudas, se interroga sobre el orden prioritario en base al cual se gastan los fondos públicos, denuncia corrupciones y casos de mal funcionamiento de la sanidad pública, fuera una persona cualquiera, hasta un escritor, incompetente desde el punto de vista científico, se podría ignorarlo o considerarlo un aficionado que no conoce suficientemente el tema sobre el cual debate. Pero si una operación deconstructiva tal la lleva adelante un médico, un científico, un profesor universitario respetado y conocido por su integridad moral, entonces la cuestión cambia. Habrá que desacreditarlo de cualquier forma, acusarle de ser un extremista político, de querer manipular la mente de sus estudiantes con la finalidad de alterar el orden público y llegar a una catastrófica revolución.

‘El acueducto reparte bacilos de la fiebre tifoidea. La leche es impotable. El municipio no tiene hospital’. A partir de esas denuncias, sustentadas con cifras y exámenes de laboratorio, mi papá fue citado a un cabildo abierto en el Concejo de Medellín. Era la primera vez que un simple estudiante era admitido para exponer sus denuncias en un debate público, enfrentado a los funcionarios oficiales. Allí, frente al secretario de Salud, y durante dos noches consecutivas, hizo una exposición sobria, científica, que el secretario, incapaz de refutar, trató de capotear con insultos personales y argumentación rutinaria. Pero el triunfo intelectual era innegable y fue así como, sólo con su palabra y con una serie de datos precisos, logró que poco después se emprendieran las obras para construir un acueducto decente para toda la ciudad (la semilla inicial del que todavía disfrutamos), con adecuados tratamientos del agua y tuberías modernas que no se mezclaran con las aguas negras, porque el alcantarillado era viejo, de barro poroso, y por lo tanto contaminaba el agua potable. (Faciolince, 2006: 66-67)

Ya Ibsen en *Un enemigo del pueblo* (1882) había puesto en escena el drama del doctor Stockmann, un médico que, después de observar una difusión anormal de trastornos intestinales entre los visitantes asiduos del establecimiento termal del cual es director sanitario, concentra su atención sobre los factores del contexto y el origen común de los trastornos, más que en la intervención terapéutica relacionada a cada enfermo y a la vulnerabilidad individual.

Doctor Stockmann: Pues he aquí la verdad. El balneario es un sepulcro blanqueado, así como suena. Créanme. Las aguas son peligrosísimas para la salud. Todas las inmundicias del valle y de los molinos van a parar a las cañerías, envenenan el líquido, y tanta porquería desemboca en el mar, en la playa. (Ibsen, 2007: 42)

Stockmann decide entonces informar la administración comunal, convencido de que le demostrarán gratitud por su denuncia y que de inmediato se tomarán las medidas necesarias. Pero las buenas intenciones chocan con los costes de los trabajos y todos los inconvenientes relacionados al cierre temporal de las termas; empieza así una obra de devaluación de los resultados obtenidos por Stockmann, que implica paradigmáticamente una visión escéptica sobre los extraordinarios resultados que la microbiología estaba obteniendo en los años '70 y '80 del siglo XIX².

De esa manera el médico que buscaba el objetivo de la salud pública queda solo, desacreditado, debido a que sus batallas interfieren con razones económicas e intereses, públicos y privados, que quedan prioritarios respecto al bienestar colectivo. El doctor no se rinde y convoca una asamblea pública para explicar directamente a los ciudadanos sus tesis. Pero la asamblea, por unanimidad, decide proclamar al doctor Stockmann 'enemigo del pueblo'.

Como Nietzsche y en general esa grande generación, Ibsen es un cristiano que, en nombre de la exigencia de verdad que el cristianismo impone, desenmascara como falsos el cristianismo y el mismo concepto de verdad. [...] En *Un enemigo del pueblo* (1882), ofrece el retrato, hoy más que nunca terriblemente actual, del vínculo que une indisolublemente todas las fuerzas que rigen [...] lo real, como los médicos que combaten las enfermedades pero viven solo gracias a esas. (Magris, 2014: 452-453)

Es notable observar, además de las importantes diferencias, la afinidad entre las dinámicas que caracterizan los dos personajes examinados: Héctor Abad Gómez, en *El olvido que seremos* de Faciolince y Stockmann en *Un enemigo del pueblo* de Ibsen:

- La completa asunción del rol de intelectual y de científico.
- El cambio del punto de vista: desde la vulnerabilidad individual a los factores del contexto.
- El lento y inexorable proceso de desacreditación del intelectual.
- La denuncia, en una asamblea, de un problema de salud pública.
- La reacción del contexto social y de la misma asamblea a las tesis del médico.
- La acusación, definitiva y perentoria, de ser un 'enemigo del pueblo'.

En un artículo de *El Espectador* del 21/07/18, Hector Abad Faciolince escribe sobre una de las actuales macro-cuestiones irresolutas de Colombia: el enfrentamiento entre los intereses de las multinacionales farmacéuticas y el derecho de la población a las condiciones higiénico-sanitarias mínimas para su sobrevivencia.

La pregunta fundamental es muy simple: qué es más importante, ¿proteger la salud de las personas o proteger las ganancias de las compañías farmacéuticas? Por supuesto que los gastos en que incurren las empresas se deben compensar para que las investigaciones en nuevos medicamentos útiles no se estancuen, pero no hasta el punto de que la preocupación esencial de los gobiernos

² En 1883 la obra de Ibsen se estrenó en Copenhague y justo en 1882 Robert Koch descubría los agentes patógenos de la tuberculosis (en 1877 Louis Pasteur inauguraba la vacunación contra la rabia); además, ya en 1854, en relación a la difusión del cólera en Londres, estaba confirmada la hipótesis de que el agua era uno de los principales medios a través de los cuales las epidemias se difundían (véase Rodríguez Ocaña, 1992 y Sánchez de Prager; Marmolejo De La Torre; Bravo Otero, 2000).

sea proteger a la industria y no a los ciudadanos. Esta semana hemos visto dos casos típicos, uno nacional y otro internacional, en los que los intereses de la industria privada (representada por empresas trasnacionales con ganancias multimillonarias) chocan con el bienestar general. Y la manera grotesca en que el gobierno Trump se alinea con estas empresas y contra la gente, recurriendo incluso al chantaje más burdo, por supuesto contra los países más pobres, es decir, contra los más fáciles de chantajear. (Faciolince, 2018: 1)

La acusación se dirige a la administración del presidente Trump, en relación a la publicidad y la distribución de la leche artificial en polvo para los bebés.

Según reveló hace poco *The New York Times*, Estados Unidos fue el único gobierno del mundo que se opuso –durante la última Asamblea General de la OMS– a una resolución para favorecer la leche materna y prohibir la publicidad y las presiones indebidas de las industrias que producen y promueven el uso de leche materna artificial o de sustitutos en polvo que se mezclan con agua. El consenso general de los expertos dice que amamantar trae grandes ventajas para la madre y para la criatura (la leche materna favorece el sistema inmune del bebé). Pero si las madres deciden dar teta las ganancias de la industria se estancan, y es lo que ha ocurrido gracias a las campañas a favor de la leche materna. (Faciolince, 2018: 1)

El hecho de desincentivar la lactancia materna, para favorecer las ganancias de las multinacionales farmacéuticas, (sobretudo la Abbott, que apoyó la campaña presidencial de Trump) en países, como Colombia, donde amenudo el agua que hay que mezclar con la leche en polvo es infecta, nos obliga a volver a pensar en las luchas que Héctor Abad Gómez llevaba adelante en nombre de la democratización de las condiciones higiénico-sanitarias mínimas, como única posible solución a las enfermedades difundidas en todo el territorio colombiano: no curar *a posteriori* entonces, sino una organizada y programática obra de prevención.

En un país pobre lo que una madre se gasta en sustitutos de su propia leche (que es la mejor), se lo deja de gastar en alimentos frescos para ella misma y para el resto de la familia. Muchas veces la leche en polvo se mezcla con agua no potable, y los bebés corren riesgos de enfermedad y muerte por enteritis y deshidratación. Muchos médicos y personal sanitario dejan que vendedores de la industria de los alimentos promuevan sus productos en los centros de salud. A cambio de permitir esta publicidad indebida, las industrias invitan al personal de salud a maravillosas vacaciones en paraísos turísticos. Las madres y las familias menos informadas pierden dinero y salud, mientras las empresas se llenan las alforjas. (Faciolince, 2018: 2)

Faciolince perpetua por lo tanto la herencia paterna más profunda, una de las batallas que condenaron a muerte a Héctor Abad Gómez, y en *El olvido que seremos*, a través de su testimonio, logra actualizar fundamentales cuestiones irresueltas que amenazan enteras poblaciones, no solo en Colombia, sino en toda América Latina.

BIBLIOGRAFÍA

- ABAD FACIOLINCE, Héctor (2006): *El olvido que seremos*, Bogotá: Planeta.
- ABAD FACIOLINCE, Héctor (2009): *Las traiciones de la memoria*, Bogotá: Planeta.
- ABAD GÓMEZ, Héctor (2012): *Fundamentos éticos de la salud pública*, Medellín: Universidad de Antioquia.
- AGAMBEN, Giorgio (2006): *Che cos'è il contemporaneo e altri scritti*, Roma: Nottetempo.
- ARENDT, Hannah; JASPERS, Karl (1989): *Carteggio: 1926-1969: filosofia e politica*, Milano: Feltrinelli.
- BUSTAMANTE ZEA, Luís Emilio (2017): "Héctor Abad Gómez como educador popular. Un acercamiento a su vida, obra y discursos", *Rev. Fac. Nac. Salud Pública*, 35(2), pp. 179-185.
- CASTAÑÓN, Adolfo (2008): "Sobre un memorial de Héctor Abad Faciolince: El olvido que seremos", *Revista Universidad de Antioquia*, 293, pp. 114-116.
- ESCOBAR MESA, Augusto (2011): "Lectura sociocrítica de *El olvido que seremos*: de la culpa moral a la culpa ética", *Estudios de Literatura Colombiana*, 29, pp. 165-195.
- FOUCAULT, Michael (2002): *Vigilar y castigar; Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires: Siglo XXI.
- IBSEN, Henrik (2007): *Un enemigo del pueblo*, Buenos Aires: Losada.
- MAGRIS, Claudio (2014): *Alfabeti. Saggi di letteratura*, Milano: Garzanti.
- MAGRIS, Claudio (2016): "Il dottor Kafka non visita più (ma qualche volta purtroppo sì)", in Finzi, Roberto (2016): *Il cittadino e il direttore generale. Una storia di sanità*, Bologna: Odoja, https://www.corriere.it/cultura/16_novembre_05/claudio-magris_introduzione-il-cittadino-il-direttore-generale-5dbe1d4e-a36a-11e6-b242-6c6c02e892ab.shtml.
- MAFFEIS, Stefania (2018): "Filosofía política transnacional. Riflessioni metodiche e il modello Hannah Arendt", *Aretè*, vol. 3., Roma: Università degli Studi Guglielmo Marconi, pp. 205-222.
- RAYAS PADILLA, Estela Jacqueline (2011): *El concepto de paria en la obra de Hannah Arendt*, Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- RODRÍGUEZ OCAÑA, Esteban (1992): *Por la salud de las naciones: higiene, microbiología y medicina social*, Madrid: Akal.
- SÁNCHEZ DE PRAGER, Marina; MARMOLEJO DE LA TORRE, Fernando; BRAVO OTERO, Nelson (2000): *Microbiología: aspectos fundamentales*, Palmira: Universidad Nacional de Colombia.